

ESTEBAN SARASA SANCHEZ

FERNANDO I y ZARAGOZA

(La Coronación de 1414)



CUADERNOS DE ZARAGOZA

n.º 10

FERNANDO I y ZARAGOZA

(La Coronación de 1414)

INDICE

Introducción	5
1. — Zaragoza y las Cortes de 1412	7
2. — La Coronación de Fernando I	13
3. — Zaragoza y las fiestas de la Coronación	19

INTRODUCCION*

En los últimos días de junio del año 1412, los compromisarios reunidos en Caspe se inclinaban decididamente por la candidatura de Fernando de Trastámara para regir los destinos de la Corona de Aragón.

El largo «interregno» abierto con la muerte del rey Martín culminaba en un ejemplo de ecuánime solución política. Si con este hecho se cerraba un período en que habían peligrado las estructuras del estado y de la sociedad por los ataques perpetrados a la justicia y al orden público, se esperaba con verdadera ansia el prometedor futuro iniciado ya en el Compromiso por voluntad de los representantes aragoneses, valencianos y catalanes.

Se deseaba —con desconfianza primero y con grandes reservas después— que el nuevo soberano acabara con la inestabilidad que flotaba sobre las cabezas de todos y que el orden social, económico y político se restableciera de nuevo para progreso general, por encima de intereses particulares o bastardos.

* El autor trabaja actualmente sobre el tema «Aragón en el reinado de Fernando I».

Zaragoza —capital indiscutible del reino de Aragón— acogería al nuevo rey en cuantas ocasiones fuera preciso con su acostumbrada hospitalidad, pero la ciudad vibraría de forma especial en dos momentos de gozo y solemnidad que han quedado en las páginas de la historia y que, de seguro, perdurarían en el recuerdo del soberano hasta el final de su vida, con agradecimiento y simpatía hacia los zaragozanos.

En el corto reinado de Fernando I (1412-1416), el monarca pasaría dos largas temporadas entre las gentes de Zaragoza: la primera con motivo de las Cortes celebradas en la ciudad inmediatamente después de su elección; la segunda con objeto de su Coronación en el mes de febrero del año 1414, junto con la de la reina doña Leonor, su mujer, con la que había entrado en el reino por la frontera de Calatayud aquel verano de 1412 para tomar posesión de sus nuevos estados.

Las fiestas de la Coronación serían un espectáculo que paralizaría la vida ciudadana por unos días en aras de la solemnidad de los acontecimientos, con la presencia de los grandes señores aragoneses invitados especialmente a las celebraciones. En este punto, cronistas y comentaristas de las cosas del reino son lo suficientemente expresivos para la historia de Zaragoza de aquellos días triunfales. Lo que nos cuentan respecto al magnífico ceremonial acostumbrado supera a cuantas noticias tenemos de coronaciones anteriores. La ciudad del Ebro se volcó materialmente en las calles, engalanando aquéllas por las que debía pasar el cortejo y participando las gentes masivamente dando pruebas del buen sentir zaragozano hacia los monarcas.

No sospechaban quienes en aquel entonces gozaban del privilegio de asistir personalmente a tan fausta ceremonia e inusitados festejos que dicha Coronación sería la última celebrada por los reyes de Aragón, ya que las posteriores carecerían de magnificencia y vistosidad. Tal vez por eso, aun sin saberlo, todos se esmeraron en qué se pudiera hablar durante mucho tiempo de aquellas jornadas. Y lo consiguieron.

Muchas y graves serían las dificultades que los aragoneses en general y los zaragozanos en particular tendrían que atravesar a partir de entonces, pero Zaragoza guardaría entre sus mejores efemérides para la posteridad aquélla que en el año de gracia de 1414 retuvo la atención de propios y extraños para traspasar los siglos de la historia y llegar hasta nuestros días.

Zaragoza, diciembre de 1976

1. — ZARAGOZA Y LAS CORTES DE 1412

Muchos y grandes debieron ser los recuerdos que sobre los zaragozanos se llevaría a la tumba el rey don Fernando en la primavera del año 1416. Aquellos escasos cuatró años de reinado le habían producido sinsabores innumerables a causa de haber heredado una situación anómala y comprometida desde el «interregno». Si Aragón había aplaudido la elección del infante castellano —sobrino del difunto rey Martín, fallecido en 1410—, ello obedecía a la esperanza de que el nuevo monarca acabara con los enfrentamientos nobiliarios —endémicos en el reino—, castigara a los infractores de la ley y de la justicia —especialmente a los implicados en el asesinato del arzobispo de Zaragoza sucedido el 1 de junio del año anterior (1)—, paliara en lo posible las dificultades económicas —desenmascarando abusos de la administración y actitudes deshonestas de ciertos cargos públicos— y restableciera, en definitiva, la seguridad en los caminos y en los recintos urbanos del país (2).

El temor de los aragoneses, sin embargo, radicaría en la condición de extranjero del nuevo soberano. Este llegaba a sus dominios en edad lo suficientemente madura como para comprender en poco tiempo el origen de los problemas propios del momento y hallar las soluciones acertadas que no dañaran el particularismo del reino. La inicial expectación se iría tornando con el tiempo en desconfianza primero y en indiferencia después. Pero, al margen de la política, de los logros y de los fracasos, don Fernando el Honesto se granjearía al final de su vida el respeto de sus súbditos: tal vez por el poco tiempo que gozó de su gobierno. Zurita nos habla de las excelencias del rey don Fernando como reflejo del pensamiento general respecto a su figura y a su efímera actuación, en la que sin duda intentó al menos poner buena voluntad en el servicio de unos ideales que le venían incomprensibles por naturaleza (3).

(1) La sede zaragozana había quedado vacante en 1411 con el asesinato del arzobispo, y así seguiría hasta 1415. Don García Fernández de Heredia había sido muerto por los seguidores del conde de Urgel y especialmente por los aragoneses encabezados por don Antón de Luna. El hecho ocurrió cuando el arzobispo se dirigía a La Almunia, ostentando la capitania general de la ciudad ante las amenazas de las gentes del conde. Don Pedro de Luna (Benedicto XIII) retendría el gobierno de la diócesis en los años siguientes.

(2) Son muchas las referencias documentales sobre este particular: Cfr. Carta del rey ordenando prender y juzgar a varios facinerosos (Archivo de la Corona de Aragón, *Cartas Reales Fernando I*, núm. 92).

Carta del rey al gobernador, justicia, baile general y otros oficiales del reino sobre disturbios habidos en Aragón (A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 94).

Carta del rey a los oficiales de justicia del reino dando órdenes sobre algunos perturbadores de la paz pública y su castigo inmediato (A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 96).

Todas son de fecha coetánea a la celebración de las Cortes de 1412.

Zaragoza, como el resto de Aragón, desde los últimos días de junio de 1412 había esperado al recién elegido en Caspe con curiosidad y buena disposición de ánimo (4). Conocido el veredicto, don Fernando se había apresurado a entrar en Aragón desde Cuenca —donde recibiría la noticia del dictamen, esperado en favor suyo al parecer—. Si en un principio se había hecho acompañar de las gentes castellanas que formaban su obligado séquito desde la campaña de Antequera, pronto despediría a los suyos para penetrar por Calatayud en las tierras de sus nuevos súbditos acompañado únicamente por los más allegados de sus caballeros, junto con su mujer —doña Leonor— y los siete infantes —cinco varones y dos mujeres—. Los aragoneses se adelantarian para rendir el besamanos a las egregias figuras, mostrando la confianza depositada en los nuevos soberanos.

Como primera medida, don Fernando había dispuesto con generosidad la concesión de mercedes y cargos a las personas que los poseían en vida de don Martín. Así mismo otorgaría recompensas materiales a quienes más habían expuesto su patrimonio y personas en beneficio de la seguridad del estado (5). Era todo un programa de acercamiento hacia los notables del país el que desarrollaría con habilidad diplomática el nuevo monarca, perdonando a rebeldes arrepentidos y recibiendo con benignidad a los ricoshombres aragoneses dispuestos a servirle.

Existía, por parte del soberano, un expreso deseo de zanjar las cuestiones más insidiosas, como eran las de la nobleza levantisca, así como una personal voluntad de manifestarse en pro de la justicia y el orden. La guerra sostenida contra el conde de Urgel —declarado en rebeldía al no aceptar junto con sus seguidores (encabezados por don Antón de Luna, principal inculpaado en el asesinato del arzobispo) la elección del Compromiso—, así como los grandes ceremoniales de las Cortes de 1412 y de las Coronaciones regias —celebradas en la capital del reino— serían operaciones de distracción que voluntaria o involuntariamente encontraría don Fernando en el camino de sus intentos pacificadores. En la empresa urgelista intervendría la fuerza militar del reino; en las Coronaciones de los reyes se extremarían los esfuerzos del patriciado zaragozano por rivalizar en la ostentación de su riqueza y del pueblo llano por

(3) «Este tal verdaderamente se podía tener por legítimo sucesor de la república; y estaba en edad que se había ya escapado de los vicios de la mocedad en que corre el reino tanto peligro; y su vida era de manera que no tenía de qué excusarse ni arrepentirse, habiendo dejado ejemplo de la mayor virtud que se puede hallar ni desear en un príncipe, que es ser cristianísimo y de gran pureza de fe y religión» (ZURITA, —*Anales de la Corona de Aragón*, lib. XII, cap. I).

(4) El 2 de julio de 1412, el Parlamento General de Aragón dirigía una carta al monarca notificándole que le enviaban varios embajadores para saludarle y suplicarle que visitara el reino cuanto antes (A.C.A. *Cartas Reales Fernando I*, núm. 23).

(5) Así, por ejemplo, hizo merced a Berenguer de Bardaxi de cuarenta mil florines en agradecimiento a que tanto él como sus parientes se pusieron en peligro durante las guerras y alteraciones pasadas, gastando gran parte de su patrimonio en la causa del rey.

participar en las distracciones propias del acontecimiento supuestamente popular con que se le entretenía y preparaba para futuras eventualidades y mutaciones de importancia dictadas desde arriba (6).

A pesar de todo, aquel primer contacto de los aragoneses con sus reyes en Calatayud atestiguaba la decidida aceptación inicial de los estamentos del reino, convirtiéndose el camino a Zaragoza en un paseo triunfal inusitado por su complejidad carismática. No era la alegría mostrada por unos éxitos en el ejercicio de su poder lo que congraciaba a los regnicolas con don Fernando, sino más bien la esperanza de que, en una u otra forma, la desazón perpetuada durante el «interregno» se resolviera decididamente en beneficio de la mayoría y nunca exclusivamente de los detentadores del poder público y económico. La, al parecer, innata bondad del monarca, ayudaría a conseguir el clima favorable que rodearía todas las actuaciones del rey a lo largo de su reinado; aunque en el fondo contuvieran fracasos harto sonados o violencias ejercidas desde el poder contra las costumbres de Aragón, los derechos de sus habitantes o el erario público.

Con estas perspectivas no tiene, pues, nada de extraño que la primera llegada de Fernando I a Zaragoza cobrara visos de acontecimiento ciudadano y que los desplazamientos del acompañamiento real desde la Aljafería —residencia del monarca— hasta la catedral del Salvador o el monasterio de Predicadores alterara profundamente el vivir de la capital del viejo reino de Aragón. Las especiales características de la celebración de unas Cortes generales para todo el reino aumentaban la expectación de los zaragozanos que veían reunirse a los principales eclesiásticos y nobles del territorio vestidos con sus galas más preciadas y acompañados de sus séquitos más variopintos. Los representantes de las ciudades, villas y lugares en general aportarían su heterogeneidad de condición al carácter de la ciudad en tales jornadas.

Esto ocurriría en las primeras Cortes del reinado celebradas desde el 27 de agosto hasta el 15 de octubre, a lo largo de cuarenta y una sesiones, presididas por el Justicia y el obispo de Huesca,

(6) En 1414, Fernando I daría nuevas *Ordenaciones* a la ciudad de Zaragoza para su régimen municipal. Los aspectos más interesantes de las mismas se refieren al cambio de fecha para la elección de cargos municipales desde el 15 de agosto —como era tradicional— a la víspera de la Purísima, el 7 de diciembre, lo que iba contra la costumbre de la ciudad; también la reducción del número de jurados a cinco, elegidos anualmente en esta fecha junto con otros cargos; y la reducción, por otra parte, del número de parroquias de 15 a 12, agrupando las consideradas menores de dos en dos con fines de participación de sus representantes en el nombramiento de los cinco jurados.

Las parroquias mayores de la ciudad eran las de Santa María la Mayor, San Salvador, San Pablo, Santa María Magdalena, San Felipe, San Gil, Santa Cruz, San Juan del Puente y Santiago; las menores eran las de San Pedro, San Andrés, San Lorenzo, San Nicolás, San Juan el Viejo y San Miguel de los Navarros.

repartidas entre la catedral de la Seo y el refectorio de los padres Predicadores (7). Dicha asamblea se había convocado para el 25 de agosto y el soberano se hallaba presente en Zaragoza desde el día 3, aunque con ausencias obligadas a lo largo de todas las jornadas.

La convocatoria de estas Cortes dejaba clarividente el motivo de las mismas: recabar de los aragoneses el juramento para con su rey así como prestar fidelidad al primogénito Alfonso —el futuro Alfonso V el Magnánimo— como heredero (8); a cambio, el monarca debía prestar juramento de cumplir los ordenamientos del reino, salvaguardando los «Fueros, usos, costumbres, privilegios y libertades» aragonesas como garantía del pacto entre gobernante y gobernados. Además, se considerarían los aspectos referentes a los problemas surgidos en la etapa anterior y se recogerían las inquietudes de los súbditos encauzadas por medio de los procuradores de las «universidades» o lugares del país, las quejas de la nobleza y las protestas del brazo eclesiástico encabezado por el obispo de Huesca como la jerarquía más alta del reino al estar vacante la sede cesaraugustana.

Pero dejando aparte todo lo referente al desarrollo y epílogo de las Cortes de 1412, así como las resoluciones adoptadas en las diversas discusiones y la relevancia de las mismas para el futuro de la política social y económica de la Corona, lo que nos interesa aquí es reparar en el esplendor del aparato externo de aquellas jornadas como preámbulo de lo que iba a ser posteriormente la Coronación de don Fernando y de doña Leonor en febrero de 1414.

Con anterioridad al inicio de las Cortes primeras del reinado, la ciudad de Zaragoza elegiría, según costumbre, a sus procuradores. Para ello, se reunirían los prohombres y jurados en consejo, luego que los pregoneros anunciaran en los lugares acostumbrados la proclama de los mismos, en las Casas del Puente. Así se nombrarían las personas que defenderían los intereses de los zaragozanos en la asamblea, otorgándoles pleno poder para tratar y actuar en representación del municipio así como firmar todo cuanto la voluntad de la mayoría decidiera asumir o resolver en beneficio de todos los estamentos (9).

El 3 de septiembre había jurado el monarca guardar las leyes del reino con el ceremonial de rigor, digno de comentario (10),

(7) El Proceso de estas Cortes en Archivo Diputación de Zaragoza (A.D.Z.), manuscrito 11; también en Archivo Corona de Aragón (A.C.A.), Cortes y Parlamentos (varia de cancillería), tomos 24 y 24 bis.

(8) Cfr. A.D.Z., mss. 11, fol. I y I v.º.

estando presente el obispo de la sede oscense que recibiría el juramento en nombre de todos los asistentes. El rey había pronunciado la fórmula de ritual sobre la Cruz y los Santos Evangelios; actuando el Justicia como juez mayor de las Cortes. A continuación serían los cuatro brazos, a través de sus procuradores, los que prestarían juramento de fidelidad al monarca y a su heredero, quien también había participado del acto, junto con su padre, como primogénito.

Con el posterior traslado de las sesiones al convento de Predicadores desde el 10 de septiembre, irían transcurriendo las Cortes del año 1412 con el ajetreo que la ciudad de Zaragoza presentaría con tanto trasiego de gente y tanto cortejo acompañando al soberano en su discurrir por las calles y plazas hasta la catedral o la casa de los frailes Dominicos.

Finalmente, el 15 de octubre, considerando concluidas todas las misiones tratadas en las diversas jornadas y nombrando diputados de cada estamento para proseguir los negocios no culminados, el soberano declaraba clausuradas dichas Cortes (11). Los desmanes de los seguidores del Conde de Urgel le obligaban a partir de Zaragoza para acudir a combatir los lugares ocupados por los rebeldes, antes de atacar decisivamente el sitio de Balaguer, último reducto de don Jaime y de sus aspiraciones pretéritas. Hasta los muros de la ciudad habían llegado los ecos de la rota del de Urgel en el invierno de 1413, cuando apenas se había borrado de sus gentes el recuerdo de las jornadas vividas con motivo de las pasadas Cortes y cuando los zaragozanos se disponían a celebrar con mayor esplendor las fiestas de la Coronación a comienzos del año siguiente.

La ciudad volvería a engalanarse con sus mejores ornatos, recobrando pasadas estampas de las efemérides cesaraugustanas. Alternando con la celebración de las segundas y últimas Cortes del reinado para los aragoneses, la Coronación de don Fernando y doña Leonor sería un paréntesis en las tensiones abundantes de la

(9) Los elegidos eran: Sancho Aznárez de Gardén, Juan de Arcos, Juan Aldeguer, Pedro López de Anson y Alfonso de Ambel, jurados; Domingo Lanaja, jurista; Pedro Sánchez de Capalbo, Domingo Benedit, Juan de Oto y Juan López del Frago, ciudadanos (A.D.Z., mss. 11, fols. del LXXII al LXXIII v.º).

(10) La nómina completa de los asistentes al acto, cfr. A.D.Z., mss. 11, fols. del LXXXIX v.º al XCV.

(11) «Aprés de todas las cosas sobreditas, el dito senyor rey, considerantes que, iuxta las provisiones por él feytas, el regno, mediant la gracia divinal, fincava e finca en buen staminto, et a él conviniese de necessitat de hir a visitar en otras partidas del regno de Aragón e encara de los del regno de Valencia, de Mallorchas e principado de Cathalunya; por aquesto dixo que licenciaba e licenció las presentes Cortes, diziendo a todos e a cada uno de los anteditos que hisen en hora buena enca sus casas».

«Et aquellyas licenciadas por el reverent vispo de Huescha, por toda la Cort le fueron feytas grandes gracias, assí de la expedición de la dita Cort como de los treballos por él sostenidos en venir a las ditas Cortes...» (A.D.Z., mss. 11, fols. CCLIII v.º y CCLIV).

época. La ciudad olvidaría por unos días la preocupación por aquellas premisas del programa real no resueltas todavía. Todos participarían de la alegría general, desde los más poderosos que ostentaban el poder en cualquier vertiente hasta los más humildes de condición; incluyendo a algunos falsos convertidos por la predicación opresiva de San Vicente Ferrer o a ciertos judíos relapsos que se unían a la fiesta con los cristianos más convencidos.

Mientras tanto, la política de la Corona no terminaba de acarar preocupaciones: las fronteras pirenaicas eran amenazadas por invasiones extranjeras (12), espías granadinos conspiraban con sus hermanos de religión habitantes en las fronteras meridionales (13), y alteraciones en el orden social abundaban por todas partes con incumbencia de todos los grupos de la sociedad. A esta situación colaboraban la dudosa moralidad de quienes ostentaban ciertos cargos públicos en la justicia o en la administración, coadyuvando a la pérdida del respeto por las leyes establecidas por parte de cuantos se beneficiaban de ello (14). El horizonte del futuro mostraba ya los orígenes de conflictos posteriores de todo orden.

Pero todo esto no era obstáculo para que, al menos durante unos días, se olvidara la preocupación general y los aragoneses vivieran en la capital del reino unas jornadas inolvidables. Quizá porque todos los postulados expuestos con cierta frialdad anteriormente, eran lo suficientemente conocidos como para poder relegarlos un tiempo sin que nada ni nadie se alterara, en una especie de olvido voluntario asumido colectivamente. A pesar de todo, Zaragoza no regateó esfuerzos para que la ceremonia de la Coronación presentara a la posteridad algo imborrable, tanto para la conciencia ciudadana como para las personas regias que sentían especial predilección por esta ciudad.

Zaragoza y sus reyes se sentirían honrados mutuamente sin tener en cuenta las diferencias y tensiones mantenidas discretamente entre ambos. Aquella sería la última Coronación celebrada en la ciudad y todos quisieron dejar el mejor recuerdo para que la posteridad pudiera hablar de la misma como la postrera de una larga historia, pero también la más solemne.

(12) Cfr. Carta de Berenguer de Bardaxí al rey sobre noticias del valle de Arán, comunicándole que gentes de Gascuña intentaban entrar en Aragón y solicitando los refuerzos necesarios de armas y pertrechos para la defensa de las fronteras (A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 1.436).

(13) Cfr. Carta del justicia, baile y jurados de Segorbe, advirtiéndole al rey sobre las noticias de que moros de Granada han penetrado en el reino, a modo de maleantes, para hacer daño en el mismo y correr la sedición entre sus correligionarios, contando con espías dentro del territorio (A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 1.537).

(14) Es época de frecuentes inquisiciones hechas contra los oficiales reales, siendo conocido el caso del justicia de Aragón, Juan Ximénez Cerdán, que había sido excomulgado en junio del año 1413. Las Cortes reflejan perfectamente esta problemática.

2. — LA CORONACION DE FERNANDO I

Son muchas las noticias que tenemos de los festejos organizados en Zaragoza con motivo de la Coronación de don Fernando de Antequera y doña Leonor de Alburquerque en febrero del año 1414 (1).

Los reyes se encontraban en Zaragoza desde el 15 de enero a donde habían llegado de Lérida para celebrar Cortes y hacerse coronar (2). Don Fernando había convocado Cortes generales a los aragoneses en diciembre del año anterior para el 15 de enero (3), pero las sesiones sufrirían diversas prórrogas hasta el 17 de febrero, sábado, pasada la celebración de su Coronación, presentando en su discurso las causas de esta convocatoria (4).

Pero ya desde comienzos de año, los zaragozanos empezaban a vivir el ambiente de fiesta que las próximas festividades iban necesariamente a traer. La constante llegada de gentes de todas partes obligaba a preparar y aderezar los lugares de residencia de los forasteros y a tener dispuesto el abastecimiento de la ciudad. Para entretener a la concurrencia y tener en ejercicio a los caballeros venidos de otros lugares, se organizaban justas en el Mercado y delante de la puerta de la Aljafería, donde residía el cortejo real. Estas justas durarían hasta las mismas vísperas de la Coronación, destacándose especialmente por valor e insistencia don Juan Martínez de Luna, señor de Illueca, quien se hacía ayudar de otros tres mantenedores tan valerosos como él, puestos todos ellos a cargo de la ciudad según era costumbre antigua.

(1) Cfr. ZURITA. — *Anales...*, lib. XII, cap. XXXIV.

BLANCAS, G. — *Coronaciones de los serenísimos reyes de Aragón (con dos tratados del modo de tener Cortes)*; publicalo el doctor Juan Francisco Andrés de Ustarroz, con algunas notas, y lo consagra a la ilustrísima protección de los diputados del Reyno. Zaragoza (por Diego Dormer) año M DC XLI (pp. 82-116).

GARCÍA DE SANTAMARIA, Alvar. — *Crónica de Juan II*, año octavo, caps. I al VI (Ed. Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXVIII, *Crónicas de los Reyes de Castilla*, II, Madrid 1953).

VALLA, Lorenzo. — *Historia de Ferdinando Aragoniae rege*, Paris 1521.

(2) Habían salido de Lérida el 10 de enero, deteniéndose en Pina un tiempo para dedicarse a la caza. Hasta dicho lugar llegarían algunos caballeros que acompañarían al rey en su entrada en Zaragoza, entre ellos don Alonso Enriquez, almirante mayor de Castilla y tío del rey, don Juan, obispo de Segovia, y don Diego López de Estúñiga, justicia mayor de Castilla.

(3) El proceso de estas Cortes en A.D.Z., mss. 11 y también en A.C.A. Cortes y Parlamentes, tomo 26.

(4) «Para el buen estado y conservación de toda la república del reino y de sus habitantes».

Si los zaragozanos sostuvieron con su entrega y buena disposición cuando era necesario para el alojamiento de la gente llegada de las diversas partes del reino y aun de otros territorios extranjeros, el propio monarca, estando ya en la ciudad, ordenaría preparar todo lo preciso para la ceremonia de la Coronación. Particular interés tiene la nómina de caballeros castellanos presentes en la festividad, por su número y por las altas personalidades que la constituían. Pero también llegarían de Navarra y Sicilia otros personajes de no menos relieve y notoriedad (5). Por su parte, la reina de Castilla envió al nuevo rey de Aragón la corona con la que se había coronado el rey don Juan, su padre (6), signo de aceptación de aquel acto refrendado en algo tan simbólico como material y que los cronistas de las cosas del reino de Aragón han visto siempre como premonición de lo que años más tarde, rodando el curso de la historia, sería la definitiva unión de Aragón y Castilla en las personas de Fernando II e Isabel.

La tarde del día 10, víspera de la gran conmemoración, armado el soberano con sus reales, salía de su residencia acompañado de toda la corte, con los prelados, ricos hombres, caballeros y otras personas allegadas al mismo, así como de sus hijos varones —los infantes (7)—, para llegar a la iglesia mayor de la ciudad, La Seo, donde velaría aquella noche sus armas (según era costumbre). Pero días antes de esta ceremonia inicial, el rey había armado nuevos caballeros, castellanos todos ellos, y ordenaba vestir a todos los de su casa, tanto caballeros como donceles, con ropajes adecuados a su condición, mostrándose especialmente generoso con cuantos se acercaron a su residencia de la Aljafería a saludarle y congraciarse con su presencia (8).

(5) Entre los castellanos, de los eclesiásticos estuvieron presentes: Juan, obispo de Segovia, Alonso, obispo de León, Alonso, obispo de Salamanca, Diego, obispo de Zamora, el abad de Huerta y el abad de Palazuelos; y de los caballeros: los infantes, Alonso Enriquez, almirante mayor de Castilla, Ruiz López de Dávalos, condestable de Castilla, Diego López de Estúñiga, justicia mayor de Castilla, Juan de Velasco, camarero mayor del rey de Castilla, Diego Gómez de Sandoval, adelantado de Castilla, don Pedro y don Fernando, hijos del conde de Montelegre, Garcí Fernández Manrique, señor de Aguilar y de Castañeda, Pedro López de Ayala, alcalde mayor de Toledo, Pedro Carrillo, alguacil mayor de Toledo y Burgos, Pedro González de Mendoza, señor de Almazán, Pedro Núñez de Guzmán, señor de Torija, Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor del rey de Castilla, Ruiz González de Castañeda, señor de Fuentidueña, Mayor López de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago, mossen Rubín de Bracamonte, Alvaro de Avila, mariscal y camarero del rey de Aragón, Rodrigo de Narváez, alcalde de Antequera, Gonzalo de Aguilar, Garcí González de Valdés y Pedro Díaz Quesada, señor de Villagarcía.

(6) ZURITA. — *Anales*..., lib. XII, cap. XXXIV.

(7) Los hijos de Fernando de Trastámara y de Leonor de Albuquerque eran: don Alfonso (futuro Alfonso V), don Juan de Navarra (luego también rey de Aragón), don Enrique (maestre de Santiago y conde de Alburquerque), don Sancho (maestre de Alcántara), don Pedro (duque de Notho), María (futura esposa de Juan II de Castilla) y Leonor (luego esposa del rey don Duarte de Portugal).

(8) «...e dió a todos los perlados e grandes caballeros principales que allí vinieron, a los unos mulas guarnidas e ropas según su hábito, e a otros piezas de brocado, e a otros collares de oro, a otros sedas de diversas maneras, en tal forma que no quedó ninguno de los grandes que a la Coronación vinieran que no recibiese merced del rey. Esto así hecho, el rey estuvo tres días en su cámara, que no se mostró a ninguna persona, salvo a los continuos que le servían. En este tiempo, el rey se confesó e recibió el Cuerpo de Nuestro Señor, e se bañó, porque así es costumbre que los reyes lo hagan ante de ser ungidos, porque así vayan limpios sus cuerpos a recebir la Sancta Unción, como sus ánimas» (*Crónica de Juan II*, ed. B.A.E., tomo LXVIII, pág. 359).

La crónica de Juan II de Castilla —que pasa a narrar los acontecimientos de Aragón en los años 1412 a 1416— dice que el rey se trasladó desde la Aljafería hasta la catedral montando un caballo blanco y con vestiduras muy ricas, esperándole a la puerta los arzobispos y obispos vestidos de pontifical, y ofreciéndole a besar la Cruz antes de postrarse en oración.

Al día siguiente, domingo 11 de febrero, el rey oiría misa, muy de mañana, en la capilla de los Angeles (9), ordenando al duque de Gandía que le ciñera la espada y lo armase caballero, calzándole las espuelas con ayuda del infante don Enrique, su hijo, maestre de Santiago. Luego, el monarca pasaría a la capilla principal del altar mayor de La Seo, sentándose en la silla real dispuesta para él y profusamente aparejada, disponiéndose el obispo de Huesca —revestido de pontifical— a decir la misa solemne. Acompañaban al rey el arzobispo de Tarragona y los obispos de Segovia y Barcelona presidiendo el acto, quienes le habían llevado desde la capilla del arzobispo don Lope, o de San Miguel, a presencia del prelado de Huesca.

En las bóvedas de la iglesia mayor de Zaragoza resonarían aquella mañana las palabras del arzobispo de Tarragona cuando se dirigía al obispo de Huesca en los siguientes términos:

«Reverendo padre: este resplandeciente caballero al cual por sucesión legítima pertenece el reino por dignidad real, demanda a la Santa Madre Iglesia que le consagremos», respondiendo el obispo, «¿sabedes vosotros pertenecer a él el reino por legítima sucesión?», y respondieron: «nos conocemos e creemos a él pertenecer la legítima sucesión del reino».

A los más viejos de los presentes, les vendría a la memoria los acontecimientos de la anterior coronación del rey Martín y se precipitarían en su recuerdo todos los sucesos del «interregno» y el impacto que en la opinión pública llegó a tener el Compromiso de Caspe.

A continuación, el rey era ungido por el obispo con el óleo bendito y consagrado y coronado por el arzobispo de Tarragona. La corona había sido labrada por especial deseo de don Fernando para aquel caso, prefiriéndola a la enviada desde Castilla por ajustarse más a sus gustos y deseos. Hechas las oraciones de rigor y tras prometer guardar la ley y la justicia, así como la paz de la

(9) «Que es la que ahora llaman de Nuestra Señora, al lado del altar mayor, a la otra parte de la capilla de San Pedro. Y esta misa, aunque no se nota, tengo para mí sería rezada, según el orden dado en la ordinación del rey don Pedro el IV» (BLANCAS. — *Coronaciones*..., pág. 84).

Iglesia, el soberano puso sobre su hijo, el príncipe Alfonso, un rico manto y una vara de oro en la mano, dándole el título de príncipe de Gerona (10), concediendo a su segundo hijo, Juan, el ducado de Peñafiel, y armando caballeros a los hijos del condestable de Castilla don Ruiz López de Avalos —don Pedro y don Beltrán— así como a otros tantos personajes también castellanos.

Espectacular debió de ser la cabalgata que se organizó después de la ceremonia en la catedral, camino de la Aljafería, residencia de los reyes. Vestido con sus galas reales, don Fernando montaría el mismo caballo blanco que le había conducido en el camino de ida. El animal era llevado por el infante don Enrique, por el duque de Gandía y por don Fadrique de Luna, así como por otros nobles aragoneses y los jurados de Zaragoza y Valencia, junto con los embajadores de otras ciudades. Otra cinta del caballo la llevaba el infante don Pedro y algunos procuradores catalanes de gran renombre.

Los ciudadanos de Zaragoza portaban el palio bajo el que cabalgaba el soberano, durando el discurrir por las calles zaragozanas hasta el palacio cuatro horas, entreteniéndose el cortejo en muchos bailes y juegos organizados a su paso por los mantenedores de la fiesta.

Las noticias que nos han quedado sobre el banquete oficial son bastante escuetas, pero dan idea de la magnificencia real en el agasajo de los presentes a su mesa, todos ellos eclesiásticos y nobles de estirpe y gran condición. Al día siguiente, se celebraría una misa al rito mozárabe en la capilla de San Martín de la Aljafería, diciéndola el obispo de Segovia don Juan de Tordesillas.

Tres días más tarde, era coronada la reina doña Leonor de Alburquerque, ciñiendo sus sienes la corona enviada por la reina viuda de Castilla y con actos similares en esplendor y ritual a los de la Coronación del rey. Y, aprovechando la estancia de muchas damas principales de la corte del reino de Aragón, se celebraban bodas de las doncellas de la casa real, aumentando con ello el favor dispensado por los soberanos hacia todos los integrantes de su cortejo oficial en aquellos solemnes días llenos de fiesta y celebraciones.

Pasadas las jornadas del 11 y 14 de febrero, el rey se disponía a celebrar las Cortes convocadas a fines del año anterior que

(10) Hasta este momento, el heredero y primogénito de los reyes de Aragón llevaba el título de duque de Gerona. La decisión real venía dada por el hecho de que en Castilla, el sucesor, llevaba el título de príncipe de Asturias, y lo mismo ocurría en algunas monarquías europeas, como en Inglaterra con el príncipe de Gales.

se habían ido retrasando a causa de la Coronación. En estas Cortes se volverían a plantear los viejos problemas del reino, soterrados por unos días, y de manera especial los vecinos de Zaragoza aprovecharían la ocasión para mostrar, a través de sus procuradores, las quejas por cuantos desmanes se cometían en la ciudad y en sus términos. A causa de los bandos, que resurgían con violencia en cualquier ocasión propicia, eran muchas las muertes y desafueros habidos continuamente; pero los buenos deseos del rey para solucionar tales atentados chocaban con los jurados y ricos hombres de la ciudad, quienes apelaban a que ellos tenían sus jueces como el gobernador y el Justicia, así como el juez ordinario o zalmedina, lo que no permitía que el rey pudiese intervenir en las causas presentadas (11). Este sería el origen de las ordenanzas dadas por don Fernando a la ciudad de Zaragoza para su régimen municipal y que tanta trascendencia tendrán para el futuro del municipio a lo largo del siglo XV (12).

En el discurso del rey ante la asamblea de los estamentos del reino, se hace alusión a los trabajos sostenidos por los aragoneses en la pasada guerra contra el conde de Urgel; concretamente sobre los desmanes producidos por los ingleses en el territorio así como los grandes esfuerzos realizados en los sitios de los castillos de Montearagón, Loarre y Trasmoz, y finalmente en la ciudad de Balaguer. El monarca daba expresas gracias a los zaragozanos por la prestación de muchas de sus gentes a estas empresas ya pasadas.

El rey estaría en Zaragoza hasta el lunes 18 de junio, en que partía para entrevistarse con Benedicto XIII, el papa Luna, y atender otros asuntos de los demás territorios de la Corona. La estancia de don Fernando en Zaragoza sería pues lo suficientemente dilatada como para llegar a conocer a los zaragozanos en su discurrir diario así como en los festejos organizados en su honor.

(11) ZURITA. — *Anales*... lib. XII, cap. XL.

(12) MORA GAUDO, Manuel. — *Ordenaciones de la ciudad de Zaragoza*, tomo II, Zaragoza 1908.

3. — ZARAGOZA Y LAS FIESTAS DE LA CORONACION

Las jornadas dedicadas por los zaragozanos a la conmemoración de las coronaciones reales comenzaron varios días antes de las jornadas triunfales y continuaron varios días después de las mismas. Ya ante la inminente llegada del monarca, esperada para el 15 de enero, se habían iniciado los preparativos del recibimiento. Amanecido el día, salieron a su encuentro su hijo don Alfonso y muchos caballeros del reino, además de los ciudadanos de Zaragoza que gustaban de tales manifestaciones públicas (1). La guardia real así como sus oficiales, tromperos, etc. vestían de librea teñidas de verde, blanco y rojo, y el espectáculo debió llamar la atención de todos por su colorido.

La Aljafería se había dispuesto para la llegada de los reyes; los suelos cubiertos de ricas alfombras y las paredes de brocado harían más acogedoras las estancias en aquel frío mes de enero zaragozano. Se hicieron obras de adecentamiento, habilitando un corral para gran salón de recepciones o banquetes, ordenando el rey cubrirlo de madera de pino blanco con teja, revistiendo sus muros con paños franceses y colocando en su interior mesas y gradas para celebrar el banquete real (2) y realizar otros actos protocolarios en los que interviniese mucha gente (3). Los días que duraron las conmemoraciones, una fuente colocada en el centro de este gran salón manaba continuamente agua, vino rojo y blanco; y dieciséis candeleros de madera, con cuatro hachas grandes de cera cada uno, iluminaban el espacio como si fuese de día.

(1) El 14 de enero escribía el primogénito a su padre excusándose de no estar en Zaragoza el día señalado por impedirle pasar el Ebro el fuerte viento reinante y la gran crecida del río (Cfr. A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 1.393). Y al día siguiente volvía a dirigirse don Alfonso al rey preguntándole si debía esperarle en Pina, Alfajarín o La Puebla (Cfr. A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 1.387).

(2) BLANCAS. — *Coronaciones*,... pág. 93.

(3) «...e dezian que avia en el cielo de la sala más de setenta piezas de paño, e después de puestas parecía el cielo las armas reales de Aragón. En el dicho assentamiento real estava un paño colgado a las espaldas de la mesa, muy alto e rico, con medio cielo del dicho paño que se cobria la mesa del dicho señor rey, el qual paño llaman en Aragón dosel, éste era uno de los más ricos que los homes en esta sazón vieron, era hecho una vanda de oro texido, con trenças entrar en anchas como un palmo, e otra de tapete velludo, e la mitad del dicho paño parecía armas reales Aragón, e la otra mitad parecía armas de Sicilia, e dessa mesma manera era el medio cielo del dicho paño con una corona de oro sobre cada una de las dichas armas en manera que eran quatro coronas, e el paño, e el cielo era muy valioso a maravilla, e muy fermoso» (BLANCAS. — *Coronaciones*,... pág. 93).

La ciudad de Zaragoza, por su parte, también se engalanaría profusamente con vistas a participar en el festejo popular. Hasta el palacio de la Aljafería llegarían los ecos de las rondas, de los juglares y danzantes que habían venido de otras partes: algunos de Medellín o de Valencia del Cid. Y, como hemos hecho mención anteriormente, la ciudad sostendría a su costa el gasto de dos justas continuas en las que probaban su valor y habilidad cuantos se encontraban con fuerzas para ello. Todos participaban directa o indirectamente en los espectáculos montados en estos días para entretener de una u otra forma a los desplazados desde los puntos más lejanos de la geografía aragonesa o castellana, y todos dejaban por unos días sus ocupaciones habituales para gozar de la animación en las calles y de la solemnidad con que la Iglesia revestía los actos más tradicionales de ceñir las cabezas de los monarcas de la Corona de Aragón.

La gente de los oficios de la ciudad bailarían junto a los juglares de cuerda, trompetas y órganos de mano que danzaban tañendo sus instrumentos y mostrando sus habilidades tanto en las calles como en los solares de la Aljafería.

En vísperas de la jornada del 11 de febrero, cuando justaban delante del palacio los infantes con otros caballeros principales tanto castellanos como aragoneses y catalanes, llegaron embajadores moros del rey de Granada, vestidos con albornoces y capuchas moriscas, ceñidos con espadas de plata y adargas en las manos, con gran acompañamiento y alborozo. Traían misivas del monarca nazarita y presentaban sus juegos a la concurrencia. Hay una anécdota al respecto tan sugestiva como curiosa: andaban jugando a las «cañas» (4), y tanto alborotaban y se movían unos contra otros que parecía que anduviesen en pelea, lo que resultaba extraño a los zaragozanos que los contemplaban, de suerte que preferían mirarlos a reparar en las justas y torneos simultáneos. Incluso llamaban la atención de los justadores que «por mirar el juego, aí viérades ir ginetes nuevos descalabrados, e otros cayendo de los justadores» (5).

Pero no sólo los moros participaron del juego y diversión con sus extrañas habilidades, sino que también los judíos, vestidos como cristianos, danzaban y bailaban, ceñidos con cintas de plata, con sus propios juglares. La presencia de la comunidad judía en las fiestas de la Coronación de Fernando de Antequera es significativa a pesar de las predicaciones llevadas a cabo contra su

religión por San Vicente Ferrer (6). En el camino de regreso del rey a la Aljafería, tras la solemne sesión en La Seo, los judíos de la ciudad salían al encuentro con sus rollos de la «Torá», cantando a grandes voces según costumbre. Esta promiscuidad de la población judía sería causa de alteraciones y protestas de los cristianos después de estas fechas, de forma que, al año siguiente, los jurados de Zaragoza escribirían al rey pidiendo se restablecieran antiguas ordenanzas por las que se prohibía a los moros y judíos vivir entre cristianos y vestir como éstos (7). Pero al menos durante la Coronación se olvidarían antiguas desavenencias en beneficio de la alegría general; el contingente hebreo de la ciudad se mostraría adepto al soberano participando con el pueblo de Zaragoza en los festejos populares.

Todas estas manifestaciones de afecto hacia los soberanos se extremarían graciosamente en el acompañamiento de vuelta a la Aljafería tras la ceremonia de la unción y Coronación. Entre las cintas que portaban la cabalgadura regia iban los juglares tocando sus instrumentos mezclados con los doce ciudadanos que llevaban el palio ricamente adornado. En su discurrir por las calles zaragozanas, don Fernando pudo reparar en una construcción de madera hecha a semejanza de una ciudad en miniatura que transportaban en una carreta unos hombres del lugar, con sus tejados, casas y torres; a un lado había un castillo que era combatido imaginariamente por gentes de armas y que era portado por otra carreta. Semejaba el sitio de Balaguer, cuyo éxito recordaban así los de la capital del reino a su majestad. Unos y otros, asaltantes y defensores, se lanzaban pelotas de cuero rellenas de borra del tamaño de la cabeza de un mozo, y se producían ruidos semejantes a los truenos de la artillería usada en dicho sitio (8).

También los zaragozanos habían preparado un gran castillo que llamaban «la Rueda», con una torre en medio y otras más bajas en los ángulos, situándose en el centro una gran rueda en la que aparecían cuatro doncellas que representaban las cuatro virtudes. Sobre la torre más alta, un niño vestido con los paños reales de las armas de Aragón y una corona de oro en la cabeza, permanecía mudo y quieto en su puesto. El conjunto significaba con las cuatro torres los reinos de la Corona de Aragón dando gracias a Dios por las excelencias del rey don Fernando el Honesto. Cada una de las cuatro doncellas decía coplas alusivas a la virtud que intentaba mantener y salvaguardar (9). Posteriormente, fueron lle-

(6) Esta presencia ha sido reseñada por VENDRELL DE MILLAS, Fca. en «Presencia de la comunidad judía en las fiestas de la Coronación de Fernando de Antequera en Zaragoza». *Seferad XVII* (1957), págs. 380-385.

(7) A.C.A., *Cartas Reales Fernando I*, núm. 919 (Zaragoza, 27 enero 1415).

(8) BLANCAS. — *Coronaciones...*, pág. 112.

(9) BLANCAS. — *Coronaciones...*, pág. 113.

(4) BLANCAS. — *Coronaciones...*, pág. 98.

(5) BLANCAS. — *Coronaciones...*, pág. 98.

vadas al gran refectorio montado en la Aljafería todo tipo de viandas y comestibles para hartar a unas dos mil personas que estaban invitadas al sarao. Cada plato venía servido de modo peculiar con aparato orquestal y tramoya inusitada.

Al lunes siguiente al domingo de la Coronación, llegarían hasta la Aljafería todas las gentes de los oficios de la ciudad, agrupadas en sus respectivos gremios, mostrando hábilmente su alegría con entretenimientos y espectáculos propios de cada corporación. Ese mismo lunes, 12 de febrero, después de comer, don Juan de Luna, que mantenía la tabla de justas frente a la Aljafería, traería al torneo a muchos caballeros y aventureros, como el conde de Cortes —hijo del rey de Navarra— que se hacía acompañar por nueve caballeros armados para la justa, con cimbras azules y soles dorados en la librea. Allí hicieron sus nobles enfrentamientos, quebrando sus varas unos contra otros, hasta que se hizo de noche (10).

Para honrar a la reina en la festividad de su Coronación, el rey ordenó la organización de un torneo de cien contra cien en el campo del Toro, cercano a la residencia regia. Con este acto culminarían las celebraciones profanas que habían llevado a Zaragoza una gran afluencia de gente, venida de todas partes a la llamada de tan magníficas solemnidades. La reina fue objeto de iguales atenciones por parte de los zaragozanos, tanto en el camino como en el palacio. Cabe destacar, como dato anecdótico, que en esta celebración dedicada a doña Leonor, se montó un teatro de cámara a cargo de un enano del rey llamado mossen Borra; hombre de mucho aprecio por parte del soberano y de su familia, y que, al parecer, era un buen gramático (11). Este gracioso personaje sería famoso por su humor e ingenio en todos los actos privados de la casa real, documentándose al menos otra vez en 1436, pues en las Cortes celebradas este año en Alcañiz se asigna una cantidad de mil sueldos para el conocido «truhán» del rey, mossen Borra (12).

Finalmente cabe reseñar que los reyes contemplarían el torneo organizado para agradar a doña Leonor en su fiesta desde dos torres del adarve de la ciudad; y que don Fernando mandó hacer para semejante ocasión doscientos arneses con viseras y cimbras, cien verdes y cien bermejas. Acabado el torneo y vueltos los monarcas a la Aljafería, el rey hizo danzar a su hija, la infanta doña María, y a las doncellas de su casa, en el gran salón del palacio acondicionado para estas festividades.

(10) BLANCAS. — *Coronaciones...*, pág. 116.

(11) BLANCAS. — *Coronaciones...*, pág. 169.

(12) De él habla Lorenzo Valla en el libro II de su *Historia de Ferdinando Aragoniae Rege*. París 1521.

Así transcurrirían aquellas jornadas inolvidables que tanta gloria y esplendor dieron a la ciudad de Zaragoza con la presencia de tantas gentes, propias y extrañas, y los espectáculos organizados para alegría y solaz de todos los que acompañaban a los soberanos en tan solemnes conmemoraciones. Zaragoza guardaría para siempre el recuerdo de aquellos días en el dislocado y difícil discurrir de los tiempos venideros que forjarían su temple de ciudad con los vientos de la discordia y de la inquietud. Prueba de este grato recuerdo es el testimonio recogido por los cronistas del reino de Aragón que nos ha sido transmitido fielmente y con detalle desde su pretérito acontecer hasta nuestros días a través de los comentarios salidos de su pluma.

Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza